

## El católico rostro de Filipinas

Iván Vélez Cipriano

Es relativamente frecuente ver, a través de las telepantallas, imágenes de fervientes creyentes cristianos filipinos que conmemoran la Semana Santa sometidos, con extremado realismo, a la crucifixión. Las cruentas escenas proceden de una nación que cuenta con más de 70 millones de católicos, cifra que la sitúa como la primera de Asia y la tercera en el mundo tras Brasil y México.

Como es bien sabido, la fe católica, tras unos intermitentes contactos, comenzó a arraigar con fuerza en tal archipiélago en la segunda mitad del siglo XVI, con el doble objetivo de incorporar a los indígenas a la Ciudad de Dios, y a la vez, al más terrenal Imperio español. Urdaneta y Legazpi son las figuras en las que se puede encarnar tal proyecto evangelizador y político, hispanizador en suma que, con el correr de los siglos, hará aflorar ciertas contradicciones.

La implantación del catolicismo fue dificultosa por diversos motivos entre los cuales se cuentan la gran fragmentación étnica y las estructuras tribales, pero también la propia orografía de las islas. En cuanto al plano político, Filipinas, al margen de su pertenencia imperial en calidad de provincia, supuso una suerte de réplica de lo que las Antillas representaron para Tierra Firme, como bien ha analizado Pedro Insua Rodríguez en su «Hermes en China»<sup>1</sup>.

Será a partir de 1898 cuando el influjo español empiece a retroceder gracias a los componentes políticos, pero también ideológicos que condujeron a Filipinas a su independencia política, tras la cual se hallaban unos pujantes Estados Unidos que hicieron lo propio en Cuba. Sin embargo, la huella hispana era demasiado profunda como para borrarse definitivamente, prueba de ello es, por ejemplo, el hecho de que una tercera parte de las palabras en tagalo son de origen español. Otras huellas de carácter fiscalista, también perduran, sirvan de ejemplo obras arquitectónicas como la Catedral de Manila.

Sin embargo, al margen de los planes y programas estadounidenses, antes del 98, la situación en el archipiélago ya acusaba, entre otros, el desgaste derivado de las divergencias entre la perspectiva eclesiástica y política. Para ilustrar este controvertido asunto, nos serviremos de algunos pasajes de la carta enviada por el clérigo español nacido en la localidad conquesa de Osa de la Vega, Pedro de la Torre y del Pozo.

De la Torre, obtuvo la licenciatura en cánones, fue vicario general y comendador de la Orden de Carlos III, caballero de la Orden Americana de Isabel la Católica y Benemérito de la Patria. En el terreno libresco, destacan obras debidas a su pluma como: *O el catolicismo o nada, o sea examen de todas las religiones hoy dominantes ante el tribunal de la razón* (Imprenta de Magriña y Subirana, Barcelona 1869), *Historia del Santísimo Rostro de Jesús que se venera en la villa de Osa de la Vega* (Madrid 1874) o *La Medicina del Cielo o La salud para los enfermos y remedio en las necesidades espirituales y temporales, en el que se recogen todos y cada uno de tales remedios* (Madrid 1892).

---

<sup>1</sup> *El Catoblepas*, n. 71, enero 2008, p. 16, <http://www.nodulo.org/ec/2008/n071p16.htm>

En el primero de los libros citados, De la Torre arremete contra el comunismo, el deísmo, el ateísmo y la «libertad licenciosa», probando la existencia de Dios y entrando después a comparar las distintas religiones, atacando con especial intensidad al protestantismo, pero también al judaísmo y al islam, para concluir que la católica, de elevada moral y tan rica en elaboradas ceremonias –y este es un asunto esencial para nuestro trabajo- es la religión verdadera.

En cuanto a *La Medicina del Cielo...*, nos hallamos ante un libro en el que se recopilan las conexiones, siempre vistas a través de tan particular prisma, entre curaciones y devociones a santos. San Blas, santa Águeda, santa Lucía o san Cristóbal desfilarán por las páginas del volumen vinculadas a enfermedades hoy olvidadas o cambiadas de nombre. Precisamente estos actos curativos debidos a la intercesión de tan distinguidas personas sirven para volver los ojos sobre la *Historia del Santísimo Rostro de Jesús que se venera en la villa de Osa de la Vega*, pues será a través de las relaciones del Santo Rostro con una maravillosa curación, como nos aproximemos a la obra que pretendemos analizar y comentar: una carta escrita por De la Torre desde el Provisorato y Vicaría General de Nueva Cáceres el 16 de octubre de 1882.

La epístola va dirigida a su primo Juan Francisco y arranca describiendo la epidemia de «cólera morbo»<sup>2</sup> declarada meses antes, y de cómo, un cuadro del Santísimo Rostro que el clérigo poseía fue sacado en procesión junto a la virgen con propósitos curativos. Demos la palabra a don Pedro<sup>3</sup>:

A esto el cólera iba en aumento, cuando [se] le ocurrió á un devoto del Santo Rostro que los sacerdotes debiamos hacer un voto y por escrito (el cual remito) ofreciendo que si el cólera desaparecia o decrecia notablemente para el dia de su festividad que era el 10, que en ese dia haríamos una procesión solemne sin escatimar gasto alguno.

A todo eso el colera iba cada vez haciendo mas víctimas, y el dia 5 dia terrible, pues murieron 154, a las nueve de la noche, el párroco de la Catedral, con dos sacerdotes todos de sobrepellon y rezando el miserere colocaban el voto sobre las andas del Santo Rostro.

Cosa notable; á otro dia decreció extraordinariamente el numero de las victimas y llegado el domingo 10, dia del Santo Rostro, pudimos hacer una función solemnísimá. Ante un gentío inmenso y despues de tercia, se sacó en procesion al Santo Rostro yendo todos los sacerdotes con capa pluvial. Al partir la procesión, el Sr. Obispo, vestido de capa magna y yo de pluvial, cargamos sobre nuestros hombros los brazos delanteros de las andas, y no puedes figurarte la impresion que aquello causó en la multitud, ver al Obispo llevando al Santo Rostro, llorando y pidiendo la salud para sus queridos Diocesanos. Tu ahora puedes calcular lo que en aquel entonces pasaria por mi alma.

Concluida la procesion empezó la misa cantada á toda orquesta, y hubo sermon en el que el orador (el notario eclesiastico de mi Curia) preconizó en el idioma vicol las magnificencias del Santo Rostro, y el nombre de Osa de la Vega, resonaba en las anchas naves del templo.

El templo estaba suntuosamente adornado...

---

<sup>2</sup> La incidencia que el cólera tuvo en el siglo XIX, y sus repercusiones políticas, fue de gran importancia. Sirva como ejemplo su influencia, a mitad de centuria, en Centroamérica. Véase, como ejemplo, nuestro trabajo: «Masones y filibusteros en la estela Monroe», *El Catoblepas*, n. 131, enero 2013, p. <http://www.nodulo.org/ec/2013/n131p03.htm>

<sup>3</sup> Transcripción íntegra de la carta en el blog *Ruedas dentadas*. <http://ivanvelez.blogspot.com.es/search/label/Santo%20Rostro>

Ante tan fantásticos resultados, la tela le fue reclamada para que con su presencia diera comienzo la devoción filipina hacia el Santo Rostro. Aparejada a esta devoción, se puso en marcha toda una industria litográfica, musical y editorial, capaz de abastecer a los nuevos devotos. Pasa después De la Torre a relatar con prolijidad el traslado del cuadro desde la Catedral al Santuario de Peña de Francia:

Para trasladar las Santas Imágenes, hicieron un gran buque, revestido de tela que pintaron primorosamente, al que nada faltaba, pues tenía sus palos, jarcias, velas timon, y en cuyos palos ondeaban una infinidad de gallardetes y banderolas. El buque estaba colocado muy artísticamente sobre seis ruedas que no se veían. El timon lo empuñaba un seminarista vestido de marino con su capote y capucha de hule, llevando barba y cabellos postizos de un color que parecía que estaban tostados por el fuego de los trópicos.

Se me olvidaba decir que el buque, en honor del Santo Rostro, bautizaron con el nombre de “Osa de la Vega”, nombre que se destacaba en gruesas letras a babor y a estribor.

Empezó á subir la procesion y al divisar los fieles las Santas imágenes, prorrumpieron en vivas atronadores. Colocadas las imágenes en el buque que se le había colocado cerca del pretil de la Catedral subió el Sr. Obispo revestido en pluvial y mitra como igualmente lo hicimos los sacerdotes con capa pluvial. Colocados el Sr. Obispo y yo en la popa y los demás sacerdotes á babor y estribor y todos sentados, partió el “Osa de la Vega” al estruendo de multitud de bombas (grandes truenos como los de los cohetes) volteo de campanas y un grito atronador de “Viva el Santo Rostro” Viva la Virgen de la Peña de Francia”. El buque era tirado por más de 500, vestidos a la marinera que se habían reunido de los pueblos. Bien pronto la multitud se agarró a los cables y no hay exageración si digo que de las cuerdas tiraban más de 1200 hombres no sin que alrededor del buque lo empujara la multitud afanosa por participar de la satisfacción de haber con los esfuerzos contribuido á trasladar las imágenes.

La vista que desde el buque ofrecía la plaza de la Catedral era sorprendente. [...] No puede darse espectáculo más mágico ni más sorprendente. Pues una á eso que antes de llegar al Santuario hay un templo levantado improvisadamente que tiene cuatro arcos iluminados con infinidad de farolillos de todos colores y adornados con multitud de banderas.

Aquel templo era como el puerto para el “Osa de la Vega”. Allí desembarcamos y allí se recibieron las Santas imágenes, las que se incensaron, y al son de la marcha Real...

La detallada descripción del traslado de las imágenes cuenta con todos los ingredientes no sólo del catolicismo, sino también de muchos de los componentes del despliegue imperial hispano. Veamos.

Por lo que respecta a lo religioso, es destacable la teatralidad de un recorrido presidido por imágenes, por representaciones de cuerpos con rostro *-bultus-*, circunstancia que separa, de un modo radical, el descrito viaje, que en modo alguno puede equipararse con otros de carácter espiritual como las iconoclastas peregrinaciones a La Meca, por ejemplo. Por otra parte, el relato da cuenta de la perfecta jerarquización de los representantes eclesiásticos, cuyo lugar en el escalafón viene manifestado por prendas muy concretas –sobrepellón, capas, mitra– así como del desarrollo de complejas ceremonias –miserere, misa cantada, sermón, volteo de campanas-. En definitiva, la elaborada puesta en escena, y ello sin dudar un ápice de la sinceridad y fe de los intérpretes, encaja perfectamente en una línea de la que también forman parte los crucificados aludidos más arriba.

Sin embargo, junto a estos aspectos, se sitúan otros propios de la esfera política. La Marcha Real, esto es, el himno que recibe a las imágenes, es un símbolo del poder político español que todavía sujetaba tales tierras. Sin embargo, es la alegoría del barco que se desplaza por tierra tirado por sogas, la que llama poderosamente la atención. Y destaca precisamente, así lo entendemos nosotros, porque, mediante este artificio, el Santo Rostro parecía llegar no desde la Catedral a su nueva ubicación, sino desde un punto más remoto, el propio pueblo natal de Pedro de la Torre. Diremos aún más, el buque remite necesariamente a la misma llegada de los españoles siglos atrás, aunando en el viaje no sólo planes políticos, sino también evangelizadores. Un viaje inicial que tuvo continuidad en la ruta abierta por Urdaneta por la que transitaba el Galeón de Manila.

Es, sin embargo, esta doble condición de la presencia hispana en el archipiélago filipino la que, como dijimos, abrió paso a la controversia entre los planes de los religiosos y los políticos<sup>4</sup>. Un dato inserto en la carta sirve para calibrar las distancias que poco a poco se pudieron ir abriendo, este no es otro que el idioma elegido por los ministros de la Iglesia para dirigirse a su grey. Como podemos advertir, el sermón se dijo en idioma «vicol», no en español. La lengua indígena, como ocurrió con frecuencia y prontitud en América<sup>5</sup>, fue objeto de estudio sistemático por clérigos españoles. Ya en 1647, Andrés de San Agustín escribe *Arte de la lengua bicol, para la enseñanza de este idioma en la provincia de Camarines*.

El proceder, los planes, en definitiva, de la Iglesia y el poder político, y ello aún a pesar de la gran libertad de que gozaron en este sentido los monarcas españoles, manifestado a través del Patronato, fueron a menudo divergentes. Mientras desde los púlpitos se distribuía el pasto espiritual en latín o en las lenguas nativas, el poder político se desarrollaba en español.

Dos décadas después de que la carta en cuestión se escribiera, una nueva potencia, envuelta en el disfraz de la libertad democrática, pero con claros objetivos mercantiles, se asentó en las islas. Con él daba comienzo el retroceso del idioma español mas no, todavía, el de la implantación del catolicismo que aun hoy sigue distinguiendo a las Filipinas de las sociedades políticas que las circundan. Si los Estados Unidos de Norteamérica, hoy profundamente penetrados por el componente hispano, causaron tal transformación, cabe preguntarse si no será gracias al avance del español en las tierras de Jefferson el que propicie un nuevo renacer de la lengua de Cervantes en las ínsulas a las que fue donado el cuadro del Santo Rostro.

---

<sup>4</sup> Divergencias cuyo mayor exponente podemos situarlo en el Paraguay dominado por los jesuitas.

<sup>5</sup> Véase el libro de José Luis Suárez Roca: *Lingüística misionera española*, Ed. Pentalfa, Oviedo 1992.